

ZEQUEIRA Y ARANGO, MANUEL DE (1764-1846)

BATALLA NAVAL DE CORTÉS EN LA LAGUNA

(Poema Épico - Canto Único)

Non mihi si linguae centum sin, oraue centum Percurre nomina possim...
–Virgil Eneid. lib. 6. v. 625.

Canto al invicto capitán hispano
Hijo de Marte que a occidente vino.
Y en las ondas del lago mejicano
Venció contrarios en nadante pino:
Canto la ilustre religiosa mano
Que allí condujo el pabellón divino;
Canto, en fin, al más grande al sin segundo
Héroe, conquistador del nuevo mundo.

Y tú del Pindo soberano Apolo,
Tú que la trompa del argivo vate
Cantando el griego militar combate;
Hiciste resonar de polo a polo.
Haz que en obsequio de mi numen solo
El raudal de Hipocrene se dilate,
Pues canto de Cortés la heroica hazaña
Que admira al orbe, que ennoblece a España.

¡Musa desciende, y de tu luz divina
Llena las frases del concepto mío:
Oye mis ruegos, a mi voz inclina
Plácido rostro, soberana Clío:
Díctame aquella formidable ruina
Que hundió en el Lago al mejicano brío
Y haz que admiren por todos los confines
La pompa de los trece bergantines!

Ya en las tranquilas ondas se mecían
Los bajeles del céfiro halagados
Y a la luz de la aurora parecían
Por la diestra de Flora dibujados:
Las ninfas, las sirenas acudían

Al milagro de ver leños alados
¡Estraña novedad nunca allí vista,
Y el portento mayor de la conquista!

En la playa Cortés juntó su gente
Y después de invocar a la divina
Providencia, principio omnipotente
Del valor, y la buena disciplina,
Dijo: «El Cielo hasta aquí benignamente
«Protege nuestra causa: él encamina
«Nuestras plantas por tierras y por mares
«Para fijar su culto, y sus altares.

«Este es el sacro objeto, y los laureles
«Del árbol grande del honor cortados,
«Infructuosos serán, si en los bajeles
«No son al Dios eterno consagrados:
«Sé que saldrán diluvios de bajeles,
«Más sé que son invictos mis soldados,
«Y sé que si efectuamos el bloqueo
«Pronto veremos el postrer trofeo».

Habló de esta manera: y al momento
Los fieles argonautas celebraron
Con júbilo común el mandamiento
Del caudillo, y las naves ocuparon:
Levan las anclas con ardor, al viento
Pabellones y lonas desplegaron;
Y entonaban después, por nuevos mares,
Al Hijo de Dios himnos y cantares.

En dos hileras la española armada
Iba domando las cerúleas olas,
De gente y municiones pertrechadas,
Brotando estruendo por las portañolas:
Para el rumbo de Méjico aproada
Sigue flameando ricas banderolas,
Que formaban simétricos enlaces
Con los soplos del céfiro eficaces.

En la vanguardia de la diestra hilera
Pedro de Barba un bergantín regía,
Y Morejón Rodrigo, el de Lobera,
Gobernando otro buque le seguía:
Los remos Juan Rodríguez acelera
De otra nave, siguiéndolo García:

Juan Portillo después; y Jaramillo
Llevaba en retaguardia a su caudillo.

En la otra división iba delante
Rodríguez, deslumbrando a los tritones,
Y siguiendo sus aguas, vigilante
Gobierna otro bajel Pedro de Briones:
Sotelo sobre un pino fulminante
Daba al aire lucidos pabellones;
Mata, Carvajal, Flores y Díaz
Rigen sus naves por las ondas frías.

Con franjas de pinturas variadas
Mostraban todos las henchidas velas,
De diverso color drizas trenzadas,
Y banderolas de distintas telas:
Con fulgidos cristales esmaltadas
Relumbraban sus portas y arandelas;
Y en vez de gallardetes, con donaire,
Sierpes de tafetán daban al aire.

Así surcaban: y el terrible estruendo
De cóncavos metales disparados,
Iba en hórridos ecos repitiendo
El valor de los iberos soldados
Las focas y delfines van huyendo
A sus antros oscuros, apartados;
Mientras los nuestros, con marciales pompas.
Suenan clarines y sonoras trompas.

A lo íntimo del lago navegaban
Las prontas quillas, cuando de repente
Notaron que las ondas se agitaban,
Y en noche se volvía la luz de Oriente.
Repetidas centellas se cruzaban,
Bramaba el cielo formidablemente.
Abandonan los peces sus mansiones,
Y saltan los voraces tiburones.

Entre esta confusión, cada navío
Sobre montes de espuma se levanta
Hasta los cielos, y el hispano brío
Crujiendo remos a la mar quebranta.
Amainaron las vergas su atavío.
Cada cual a rizarlas se adelanta,
Crece el peligro, y con rumor profundo,

Aborta el golfo un monstruo furibundo.

Este horrible fantasma se presenta
Con semblante cerúleo, macilento;
Y en sus globos de fuego representa
La venganza y el odio más sangriento:
Su estatura feroz y corpulenta
Era imagen del mismo atrevimiento;
Brotando de sus labios insolentes
Las víboras, las hidras, y serpientes.

En su mano siniestra relucía
De urea sierpe infernal la ardiente escama,
Y en la membruda diestra sostenía
La triple flecha con que Marte Brama:
Dos torrentes sulfúreos despedía
En vez de aliento, que al ambiente inflama;
Y antes de abir sus labios criminales,
Sonaron las trompetas infernales.

Los Manes denegridos suspendieron
Sus atroces voraces ejercicios,
Y a los crueles tormentos sucedieron
De un silencio profundo los indicios:
El Cenero calló, se contuvieron
De Tatalo y Teseo los suplicios:
Y aterrando los montes lejanos,
Habló el monstruo a los náuticos hispanos.

«Qué numen, dijo, contra mis decretos,
«Qué deidad permitió tal desacato?
«Mis tranquilos alcázares secretos
«Se profanan con bélico aparato?
«Veré mis techos de cristal sujetos
«A las violencias de extranjero trato?
«Y podrá de piratas ser guarida
«Mi laguna hasta aquí desconocida?

«No es posible: tan grave atrevimiento
«No permite Plutón, que en mi confía;
«Él me ha dado a guardar este elemento,
«Suya es la ofensa, la venganza es mía:
«Los sacrílegos mueran al momento,
«Mueran aquellos que con mano impía
«Del trono a Moctezuma derrocaron.
«Y en los templos los ídolos violaron».

Dijo: y volviendo colosal cabeza
(Que hasta las nubes su estatura empina)
A Méjico inclinóse y con fiereza
«Al arma, dice, guerra a la marina:
«Guarneced vuestras naves con presteza,
«Prepárese el betún con la resina:
«Ardan, perezcan, acopiad montantes,
«Aljabas, flechas, y hondas resonantes.

.Al arma, guerra, guerra, luego, luego
«Cubrid las playas de animados muros:
«Quede su armada convertida en fuego,
«O destrozada con los golpes duros:
«Vibre el arco la flecha, sin que el ruego
Perdone a los sacrílegos impuros:
«Que aunque se tienen por vivientes soles.
«No son sino mortales españoles.

«El numen de la guerra en vuestras manos
«Deposita el trisulco refulgente
«Para que la ambición de esos tiranos
«En sus propios delitos escarmiente:
«Defended vuestras aras, mejicanos,
«De los insultos de la inicua gente:
«Mueran los que violan vuestros ritos,
«No quede un enemigo en mis distritos».

Acabó de tronar el monstruo horrendo,
Y llevando hacia atrás el puño infando.
Crujió los dientes con terrible estruendo,
Y dio al aire las flechas regulando:
Un volumen de llamas estupendo
Su negra boca vomitaba hablando:
Rigió, encaróse al cielo, y de repente
A ocultarse volvió el dragón ardiente.

Como suele aquel rayo desprendido
De la diestra de Júpiter Tonante
Imprimirse con hórrido estampido
En la tierra profunda en un instante
Para siempre quedándose esculpido
El estrago del pábulo radiante:
Así el monstruo grababa sus razones
En todos los indianos corazones.

Conmovióse el imperio: resonaron
Los bélicos sangrientos caracoles.
Y fúnebres las flautas pronunciaron
Tristes presagios a los españoles:
Los rústicos guerreros se adornaron
De corazas y escudos como soles:
Y el fatal simulacro de la guerra
El temor de sus ánimos destierra.

Por todas partes suenan los rumores
De los roncós funestos atabales.
Y lucen los penachos tembladores
Entre mil petos, fulgidos marciales;
Los Caciques aliados y electores.
Convocaron sus tropas y oficiales;
Y acuden a la playa, en dos momentos.
Los bárbaros hermosos regimientos.

Coronóse la margen al instante
De turbantes, de flechas, de escuadrones.
Y el mismo emperador quiso arrogante
Seguir en la batalla a sus legiones:
Prontas ya sobre el piélagó sonante
Se miran cinco mil embarcaciones...
¡Dios Santo! ¡Tantas naves en las olas!
¡Tantas para batir trece españolas!

Quiso el monarca con heroico anhelo
Ser testigo ocular de la campaña,
Para premiar con paternal desvelo
Del soldado infeliz la ilustre hazaña;
De este modo rasgaba el negro velo
Con el poder a la justicia engaña:
Así aleja pasiones de su silla,
Así al mérito premia, al vicio humilla.

Aquí en la playa Guatimozín airado
En su rojo dosel así decía,
«Ya llegó, mejicanos, el deseado
«Momento de abatir la tiranía:
«El Dios, el Dios terrible ha decretado
«Que saciemos la sed de sangre impía:
«Corramos mis vasallos, a las olas,
«Bebamos en las venas españolas».

Así dijo, y moviéronse al momento

Vivientes montes de plumajes varios.
Y a las naves con ímpetu violento
Se precipitan, corren. voluntarios...
No me abandones. musa, dame aliento:
Explica, Clio. la. armas, los vestuarios;
Que llevaban las bárbaras naciones
Trasmite a mi pincel sus expresiones.

Iban delante veinte mil flecheros
De miradas ardientes y sutiles
Atrás llevaban los carcaces fieros
Y delante bordados escaupiles
Amarillos y rojos los plumeros
Adornaban sus frentes varoniles
Embrazan arcos, y por más decoro
Pisan la arena con sandalias de oro.

Pertrechados de escudos refulgentes
El leño agobian trece mil infantes
Guarnecidos de petos relucientes
Y empuñando mortíferos montantes
Con bermejos lunares, insolentes
Y feroces presentan los semblantes
Morriones cenicientos, y adornadas
Las gargantas de joyas adornadas

Con encamadas pieles revestidos
Hunden las naves quince mil furiosos
Mejicanos, de chuzos prevenidos.
Coléricos, membrudos, horrorosos:
Por el aire tremolan atrevidos
Verdineros plumajes pavorosos:
Y retumban entrando en los bateles.
Unos con otros. chuzos y broqueles.

De resonantes cáñamos armados
Siguen treinta mil indios iracundos:
Altos de estatura, descarnados,
Provistos de guijarros tremebundos:
Con lucidas corazas de colchados
Se escudan y plumajes rubicundos
En forma de diademas, tremolantes,
Adornaban sus hórridos semblantes.

Pisan violentos el fluctuante pino
Cuatro brigadas, con tremendas picas.

Llevan pavesas de esmaltado lino,
Llevan rodelas de labores ricas:
No trabajó Vulcano con más tino
El escudo de Aquiles. Fueron chicas
Sus más brillantes obras, comparadas
Con la pompa y primor de estas brigadas.

Puestas al hombro las groseras moles
De herradas mazas trece mil seguían.
En cuyos petos dibujados soles
Con diferentes piedras relucían:
Librar su imperio de los españoles.
Como nuevos Alcides, pretendían;
Que también el valor, en climas tales
Procura enardecer genios marciales.

Detrás de aquellos con brillantes dardos
Impávidos seis mil precipitan
Al cristalino golfo, hombres gallardos,
Expertos en las armas que ejercitan:
Cintos de piedras en sus lomos pardos
Borran la luz del sol cuando se agitan;
Y entre pintadas plumas que unió el arte.
Llevan bordado de oro el estandarte.

Detrás marcharon con marcial arrojo
Doce mil, empuñando las espadas
De pedernal cortante, y pavés rojo
Guarnecido de láminas plateadas:
Mostraban sus mejillas (raro antojo)
De sangrientas pinturas salpicadas;
Fiereza militar, moda arrogante
Con clue visten de colera el semblante.

Se presentó después fatal caterva
De cuatro mil Tamenes, que agobiaban
Sus hombres con las armas de reserva,
Y mixtos combustibles que llevaban:
Siguió, por fin, gran chusma con la acerba
Invención de las fieras, que enjaulaban
Para echar en la lid, como leones.
Serpientes, tigres, osos, escorpiones.

En cuatro divisiones repartida
Se previno la escuadra: la primera
Fue al guerrero Chinantle cometida:

La segunda a Quastelca: la tercera
lba por Zempoazingo dirigida;
Rigiendo Terpopantle la postrera:
Todo pronto el monarca vigilante
Dispuso que zarparan al instante.

Principian a moverse las galeras
Como enjambre de hormigas presurosas:
Unos baten al aire las banderas.
Otros suenan trompetas belicosas:
Retumban con sus ecos las riberas;
Y heridas de sus voces pavorosas.
Temblaba fuertemente la laguna,
Y estremecen los montes de la tuna.

Y de la suerte misma que el Tonante.
Sin levantarse de su asiento rojo,
Al escuchar el yunque retumbante
Del Cíclope traidor, miró el arrojito:
Y fijando sobre ellos su semblante
Contuvo por piedad su justo enojo.
Mirando en la sacrílega oficina
A ellos propios labrándose su ruina.

Así Cortés, sin alterar su frente.
Desde su nave prevenido mira
Que la infinita americana gente
Contra su propia destrucción conspira:
El los contempla, y compasivo siente
De sus contrarios la obstinada ira,
Viendo que al filo de su ardiente espada
Pronto va a perecer la inmensa armada.

Ya están las dos escuadras casi a tiro
Del bronce; con buen orden navegando:
Precedió gran silencio: cesó el giro
Del veloz carro luminoso. estando
Atento en el Cenit: hasta el suspiro
De los céfiros mansos fue faltando:
Los de Méjico, el cielo, infierno y tierra
Todo espera el suceso de esta guerra.

Volvieron a bramar los caracoles.
Y al instante los bárbaros gentiles
Disparan flechas a los españoles,
Que clavaron en gabias y mastiles:

Se cubrieron sus cascos y penoles
De pungentes arpones tan sutiles,
Que eran como (entre pumas tremolantes)
Erizos de madera navegantes.

El invicto Cortés mandó que luego
Exitaran las bocas de Vulcano,
Y aplicándole al mixto el botafuego
Suenan los gritos del cañón tirano:
El voraz enemigo embistió ciego
A pesar del rigor del bronce hispano;
Zumban las hondas. y en la mar hervían
Los gijarros que fieros despedían.

Los infernales globos disparados
Llevan la muerte a la enemiga armada:
Vanse a pique los buques destrozados,
Y al agua cae la gente amontonada.
Puéblase el mar de petos y colchados,
Este pierde el escudo, aquel la espada,
Allí se oye un acento dolorido.
Y otro queda aquí en miembros dividido.

En este punto respirando saña,
El Horrible contrario arremetiendo,
Intenta el abordaje y con gran maña
Intrépidos se fueron revolviendo:
Vióse emboscado el pabellón de España
Entre chuzos. que forman monte horrendo:
Luego van, se aproximan, y arrogantes
Lanzan dardos, y esgrimen los montantes.

Chocan las armas de los combatientes.
Y entre lúgubres flautas mejicanas.
Dando las clavas golpes frecuentes
Estremecen las naves castellanas:
Mas entonces los iberos valientes
Subidos en las colas y mesanas.
Con denuedo feroz, y sin desmayo
Matan mil hombres con un solo rayo.

Hallóse el buque de Portillo entonces
De tenaces contrarios combatido.
Que oponiendo sus pechos a los bronces
La nave abordan con ánimo atrevido:
Unos rompen los pernos y los gonces

Otros por sus costados han subido;
Y lidiando Portillo, cuan Leonidas
Mortalmente cayó lleno de heridas

¡Ay triste! ¡Cuál estaba y cuán mudado!
¡Cómo nadaba en sangre su cabeza!
¡Cuál dejaron su cuerpo destrozado.
Y cuál su espada ya sin fortaleza!
De palidez la muerte había bañado
Su terrible semblante, y la fiereza
Noble de su mirar, no despedía
La luz que el nuevo mundo confundía.

Las máquinas tronantes de Belona
Duplican vivamente los amagos.
Y haciendo estremecer la ardiente zona
Mandan el humo por los aires vagos:
En la tropa infernal que se amontona
Salta la sangre, crecen los estragos;
Y aunque patentes los peligros miran,
No cobardes se espantan, ni retiran.

Espesa nube de punzantes flechas
Volvió el contrario a disparar sangriento,
Y por los aires encendidas mechas
Arrojaban con ímpetu violento;
Algunas van ardientes y derechas
Tan voraces, que hicieran detrimento:
Si el valor y la activa vigilancia
No extinguieran del fuego la arrogancia.

Ni serás en olvido sepultado
Rodrigo Morejón, que el canto mío
Hará que sea tu nombre celebrado
Del Antártico polo al polo frío:
Y si hasta ahora la Fama ha conservado
La defensa que hiciese en tu navío:
Tu clarín y mi trompa eternamente
Llevarán tu valor de gente en gente.

También sobre la borda defendía
Pedro de Barba, su bajel, lanzando
Más muertes que rayos Febo envía,
La espada como Marte manejando:
Un diluvio de piedras resistía
Con el escudo luminoso, cuando

Por el terrible impulso de una flecha,
Huyó su vida por sangrienta brecha.

Tendido estaba el ínclito guerrero
De sangre y de sudor humedecido,
El escudo abollado, y el acero
De la heroica diestra desprendido:
Sin donaire marcial sobre el sombrero,
De purpúreo licor también teñido.
Reclinaba el semblante formidable,
Que era aun después de muerto respetable.

Fiero en su nave el extremeño Aquiles,
El inmortal Cortés por todos lados
Resiste los ataques varoniles
De infinitos caciques y soldados:
Con su espada, corazas y escaupiles
Traspasaba, postrándose apiñados,
Al rigor de sus bélicas fatigas,
Hombres como en cosecha las espigas.

Por todos los costados oprimida
Se ve en conflicto la española armada,
De montantes y piedras combatida.
Y entre contrarios buques ahogada:
La gloria de vencer casi perdida,
En contra la victoria declarada.
Sin gobierno el timón, en calma el viento,
Y sin tener los remos movimiento.

Ya iba pronto el católico estandarte
A ser presa del bárbaro enemigo.
Si en tanta multitud ni vale el arte,
Ni halló Cortés en su valor abrigo:
La diadema naval preparó Marte
Para el contrario de quien ya era amigo:
Cuando un nuevo accidente milagroso
Postró el brazo de Marte belicoso.

Con auríferas alas desde el cielo
Rápida virgen descendió brillante.
Cubría su rostro transparente un velo.
Mostrando el árbol de la Cruz triunfante:
Sobre el lago fijó su sacro vuelo,
Miró a Cortés con plácido semblante,
Iluminó su faz toda la esfera,

Y al caudillo le habló de esta manera:

«Yo soy la RELIGION, dijo la Diosa,
«Aquella que en tu pecho ha sugerido
«La conquista mayor, más portentosa
«Que triunfará del tiempo y del olvido:
«Por mi influjo tu espada belicosa
«Siempre invencible en la campaña ha sido:
«Yo tus naves destruí sobre la espuma,
«Aherrojado por mi fue Motezuma.

«La acción fue tuya, la impulsión es mía:
«Yo de tu brazo me serví en la guerra
«Notando que tu pecho se encendía
«Por radicar mi culto en esta tierra:
«Ahora, viendo a tu gente en agonía.
«Y que a tus naves el contrario cierra;
«Vengo a darte por gracia nunca vista,
«El último laurel de esta conquista».

Cortés la imagen humillado admira,
Que entre los aires se escondió violenta:
Lleno de ardor católico suspira,
Y antes de continuar la lid sangrienta
Dijo a los suyos: «El Olimpo inspira
«Nuevo aliento a mi brazo, él nos sustenta.
«El quiere que olvidando el rito inmundo
«A Jesu-Cristo adore un nuevo mundo».

Apenas dijo: cuando el leste hinchado
Con fuertes soplos nuestras gavias,
fueron los bajeles el curso recobrado.
Y violentas las quillas embistieron:
Ya las contrarías se iban arrollando.
Unas con otras entre si crujieron:
Se destrozán, se chocan, desbaratan,
Se hunden, se amontonan, se maltratan.

Cual suele verse embravecido toro
Rodeado de infinitos gladiadores.
Sufrir tranquilo en la mitad del Foro
Garrocha y silvo de los toreadores;
Que bramando después fuerte y sonoro
Colérico embistió a los corredores.
Rompiendo miembros y sembrando muertes:
Así embistieron nuestras naves fuertes.

Quedaban cuatro buques aferrados
Al bajel de Cortés donde venían
Los cuatro generales que obstinados
Combate a gritos singular pedían:
Quiso el héroe que fuesen castigados,
Saltó a las naves de los que ofendían
Mató a Quastelca, derribó a Chinantle,
Y huyeron Zempoazingo y Terpopontle.

En medio de estas ruinas los contrarios
Con duplicada fuerza y mayor brío,
Al aire daban gritos temerarios
Vibrando arpones con el arco impío:
A pesar de los bronces sanguinarios,
Y a pesar del hispano poderío,
Impertérritos lidian, de tal suerte
Que se burlaban de la misma muerte.

Ni el estrago voraz de la metralla,
Ni el estampido del cañón horrendo,
Ni el mortífero ardor de la batalla,
Ni la sangre que al golfo va tiñendo.
Ni la centella que al bajel estalla.
Ni el humo denso que los va cubriendo.
Ni los lamentos de los moribundos:
Nada aflige sus genios iracundos.

Antes bien, con indómita osadla,
Segundo avance intentan las legiones,
Y contra el Fuego de la artillería
Remolcaban las fieras y leones:
Mas el héroe que todo lo advertía
Dispuso que asestaran los cañones;
Cuyos globos las rejas desbaratan,
Y las cautivas fieras se desatan.

Libres las bestias de la cárcel, luego
(¡Formidable catástrofe!) espantadas
Con la grito y estrépito del Fuego,
Embisten como furias desatadas:
Cual se arroja al golfo absorto y ciego,
Cual destrozado queda en dos zarpadas,
Cual despide la vida entre sus dientes,
Y cual fue infeliz pasto de serpientes.

Cayó postrado de una bala herido
Al lado (un joven) de su padre anciano,
Que a tiempo de morir, dando un gemido,
El labio imprime en la paterna mano:
«Yo muero, dijo, adiós padre querido:
«La muerte apaga mi vigor lozano,
«Cuando al impulso de mi flecha sola
«Pensé humillar la cólera española».

Aún más iba a decir, pero la muerte
Con su torva guadaña le separa
Su vida, golpe de aquel filo fuerte
Que de truncar vivientes nunca para:
Míralo el padre miserable, y vierte
(Llena de luto la arrugada cara)
De sus nublados ojos larga vena,
Y con su llanto el monte y mar resuena.

¡Dioses! (dijo, mesándose el cabello):
«Oh Dioses ya no existe...! ¡Oh cruda gente!
«¡Oh muerte inexorable! que en el cuello
«Heriste de la víctima inocente.
«¿Cómo en mi villa no pusiste el sello?
«¿Cómo no te llevaste juntamente
«La vida que ahora tus rigores viendo
«Se irá con triste llanto consumiendo?

«¡Oh acerbo dolor! Hijo, luz perdida.
«Dulcísima porción de mis entrañas,
«Quién consolará mi ánima afligida?
«¿Quién jamás sufrió penas tan extrañas?
«¡Ay Dioses! terminad mi triste vida:
«¡Oh tigres, oh feroces alimañas!
«Venid, clavadme el venenoso diente,
«Será esta vez vuestro furor clemente.

«¡Mas ay! que todo contra mí parece
«Que se conspira, cuando lloro y miro
«Que el cielo con mi súplica ensordece,
«Que a las fieras espanta mi suspiro:
«¡Ay hijo de mi vida! ¡Ay cómo crece,
«Hijo de mi alma, mi dolor...! Yo expiro
«¡Ay esposa! ¡Qué bien me lo decías
«A tiempo que de mí te despedías!»

Así exclamaba: y con caducos brazos

Estrecha el cuello del espectro frío,
Y hecho de pena el corazón pedazos
Lo derramaba en fúnebre rocío:
Hasta que (sin soltar los tiernos lazos)
Murió el anciano del dolor impío.
¡Oh guerra, o cruda guerra! ¡Cuántos males!
Con tu tizón padecen los mortales!

Mientras esto acontece, ardiente estopa
De las bocas de fuego despedida,
Prendió violenta en la breada popa
De una barca con mixtos prevenida
Ésta con otra su costado topa,
Creció luego la llamada enfurecida,
Las nubes de humo denso iban al cielo,
Y viose navegante un Mongilbelo.

Unos entonces hondas despedían.
Otros flechas como átomos lanzaban
Estos destruir las fieras pretendían.
Muchos huyendo al piélago saltaban:
Saltan las fieras y los perseguían;
Algunos en la hoguera se abrasaban;
Todo era ruina, confusión, y todos
Sufren la muerte de infinitos modos.

Cual suele a veces Aquilón violento
Desbocarse, y con hórrido bramido
Arrebatarse al prado su ornamento.
Y desnudar el monte bien vestido;
Sin que se eximan de su rudo aliento
Ni las hojas del álamo atrevido;
Asimismo arrebatara el bronce ardiente
Las tristes vidas de la opuesta gente.

Allí se oyen lamentos penetrantes
De un infeliz que derribó la bala:
Otro en sangre revuelto, palpitantes
Entrañas junto con la vida exhala:
Muchos muestran sangrientos los semblantes.
Quién titubeando con los pies resbala.
Quién sobre el lago fatal yace deshecho,
Quién con horrenda herida ofrece el pecho.

Allá se encuentra un cuerpo sin cabeza,
Acá se advierte con su escudo un brazo,

Acullá con un miembro se tropieza,
Allí un peto se ve, adelante un mazo:
Éste a impulsos de brutal fiereza
Demuestra abierto el vientre de un zarpazo;
Y muchos estrellados perecían
Entre las naves que los comprimían.

Alguno medio vivo derramaba
Caños de sangre por nariz y boca:
Alguno herida frente levantaba
Mirando al cielo, y a su Dios provoca:
Alguno entre su sangre se anegaba:
Alguno entre las llamas se sofoca;
Y alguno huyendo del violento fuego
Halla la muerte entre las ondas luego.

Exánimes flotaban los sangrientos
Espectros sobre el lago: las riberas
Se tiñeron de sangre, y los fragmentos
Nadaban entre escudos y cimeras:
Al compás de espantosos instrumentos
Se retiran rindiendo las banderas:
Cesa la hostilidad, y el mejicano
Dejó el piélagos libre al héroe hispano.

Lloraba el padre sobre el hijo herido,
Lloraba el hijo como Héctor lloraba.
Este llora al amigo más querido,
Otro al pariente muerto lamentaba:
Lloró Guatimozín viendo perdido
El triunfo, y regió cetro que empuñaba
El imperio gimió con llanto tierno,
Y lloraron las sombras del Averno.

La Gloria entonces con celestes alas
Entre amores y gracias descendiendo.
Lleno de luces las etéreas salas
Al caudillo guirnaldas ofreciendo:
La esfera se vistió de ricas galas,
Llegaba al cielo el armonioso estruendo:
Entre tanto que orlaba la Victoria
Las sienas del querido de la Gloria.

De aquel cuyo carácter aguerrido
De prudencia y valor dio testimonio:
Del magnánimo, ilustre y más temido

Que César y Alejandro el Macedonio:
Del religioso Numa, distinguido
Más que fue Augusto el vencedor de Antonio:
De aquel de quien fama no halla ejemplo.
Del héroe que honra de Belona el templo.

Al rumor de los vítores temblaron
Del lóbrego palacio los umbrales,
Y en todo el ancho abismo resonaron
Los gritos de las hidras infernales:
Del encendido tártaro bramaron
Los venenosos monstruos y animales:
Y el triste emperador de negras curias
Lloró culebras, y sudaba furias.

Con armónicas voces las sirenas,
Al dulce son de tus templadas liras,
Alegraron de Tetis las arenas,
Y entristecieron las sangrientas
Diras: Mas canoras que amantes Filomenas
También aplacan las funestas iras
Gratas Nereidas, sin cesar cantando
La victoria del ínclito Fernando.

Ya de Titán el carro velozmente
Agitaba el cochero rubicundo,
Con látigo de fuego hacia occidente,
Y alejándose fue del nuevo mundo:
Parece que a llevar iba impaciente
La noticia del triunfo sin segundo
Que llenó a España de esplendor y pompa.
Y dio materia a mi cansada trompa.